LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELÈGRAFO„

Amado Nervo

En varias ocasiones he escrito sobre la singular personalidad de Amado Nervo, y siempre con igual simpatía y con el mismo **intelletto d' amore**. ¡Ha sido tan gentil compañero de sueños, en este nuestro París amado, hace ya tanto tiempo! ¡Y es tan sutil poeta, tan comprensivo artista y tan dulce filósofo! Con decir que, a pesar de los medios a que necesariamente conduce la diplomacia, su espíritu y su corazón de sensitivo no han sido contaminados por las promiscuidades de la Carrera...

Yo no leeré nunca sin cierta emoción el libro titulado **El éxodo y las flores del camino**, en el cual, entre versos deliciosos y prosas llenas del encanto de la juventud y del prestigio de un buen arte, recuerda, en conceptos ya de humor, ya de melancolía, nuestras horas parisienses, nuestra amistad con curiosos ejemplares de humanidad, y la persecución de los favores de Nuestra Señora y Reina la Belleza.

La evolución de Nervo, desde **Místicas y Perlas Negras** hasta sus últimas producciones de piadosa, o irónica —¡muy suavemente!—filosofía, y sus poemas cortos y sentimentales en que un gran dolor, de los íntimos y profundos, le ha hecho producir rítmicos y trémulos sollozos y llantos, es de un gran interés en el conocimiento de su personalidad intelectual. Una faz nueva se le ha reconocido: sus aficiones a los estudios astronómicos, disciplina que se aviene convenientemente con los vuelos líricos y las excursiones, en que el pegásico ímpetu es el conductor.

Su antigua fé había tomado en los últimos tiempos un vago tinte dubitativo; mas el buen maestro Dolor le ha hecho de nuevo recordar la senda azul. Y luego, siendo favorecido por la Lira, tendrá siempre tiempo de ver reflorecer la primavera, con ojos, si conocedores de los lacerantes duelos. siempre brillantes al resurgir de las auroras y al inmortal llamamiento de las esperanzas. El poeta está intacto. No es Amado Nervo el que la duquesa conoce, el que la marquesa invita a alm-brzar, el que tiene ya honrosamente marchitos los oros de su casaca diplomática. El sabe bien que en los salones, y sobre todo delante de sus colegas — como no sean de la familia apolínea— no está bien confesar intimidades con las Piérides, ni proclamar afección al viejo y sagrado laurel, a menos de ser poeta como tal Excelentísimo señor Ministro, que lo mismo confecciona un soneto circunstancial que pone asombro en los más intrépidos jugadores de bridge. ¿Sabrá el bridge ya Amado Nervo?....

Lo que sí sabe y sabrá siempre, es infundir en sus versos, que se visten de sencillez y de claridad como las horas de cristal que anuncian la paz de los amables días, un misterio delicado y comunicativo que nos pone en contacto con el mundo armonioso que crea su voluntad intensa.

A veces, se creería en un desmayo de energía o en un desvío de forma. No hay nada de eso. Los conocedores saben lo que hay que saber, para llegar a conmover lo hondo de nuestro sensorio con los procedimientos menos complicados, más simples y transparentes. Todo ello está, por cierto, lejos de la pirotecnia verbal, y de los descoyuntamientos de pianista que suelen tomarse como distintivos de una fuerza poética incontestable, y que se achaca al influjo de un "modernismo"— llamémoslo así— que no hizo bien sino a quienes se lo merecían.

Una particularidad que he advertido en Amado Nervo, desde sus obras de comienzo, es un vago soplo bíblico que suele hacerse percibir en estrofas, que se dirían acompañadas de música sacra.

....No olvidaré nunca la Semana Santa que pasara en París, allá por el tiempo de la Exposición, en constante compañía del pintor Henri de Groux, de otro pintor mejicano, de un joven gallardo aficionado al teatro también mejicano, y de Amado Nervo. Una noche, este soñador se nos desapareció, y hartos de buscarle en los lugares que solíamos frecuentar, se me ocurrió indicar que probablemente le encontraríamos en una de las iglesias en donde, por las sagradas celebraciones, se cantaba canto llano y se sonaban órganos sabios. Le buscamos, pues, en varias de ellas, y por fin le encontramos, lleno de fervor místico-artístico, en Notre-Dame, a donde había llegado después de recorrer Saint-Severin, la capilla de la Sorbonne, Val de Grace, Saint-Sulpice, hasta que fué a recalar en la catedral que, según un hugólatra, es la H. del nombre de Hugo.

Había que oír, en aquel tiempo, a Amado Nervo, a quien yo llamara fraile, o monje del arte. Su unción, su saber de cosas religiosas, su aire mismo, daban idea de un admirable oblato, de un seguidor de Huysmans, a quien desde luego el mejicano ponía sobre su cabeza. ¡Todo pasa, en verdad, y la juventud más pronto que todo! De aquellos años quedaron para el poeta los versos, imperecederos, y un amor, perecedero, cual la triste carne que Dios nos dió como armadura, frágil armadura, ante lo inevitable. El poeta ha clamado trenos y elegías. **¡Más es suya el alba de oro!**

Rubén DARIO.

COBARDÍA

Pasó con su madre: ¡Qué rara belleza!
¡Qué rubios cabellos de trigo garzul!
¡Qué ritmo en el paso! ¡qué innata realeza
De porte! ¡qué formas bajo el fino tul!
....Pasó con su madre, volvió la cabeza;
¡Me clavó muy hondo, su mirada azul!

Quedé como en éxtasis.....Con febril premura,
"¡¡Síguela!!" gritaron cuerpo y alma al par....
Pero tuve miedo de amar con locura,
De abrir mis heridas, que suelen sangrar,
Y, a pesar de toda mi hambre de ternura,
¡¡Cerrando los ojos, la dejé pasar!!

Amado NERVO.

Gratitud de un tordo

(Del libro inédito "Telas Aureas")
para Jerónimo Avilés Aguirre.

-El calor arreciaba por momentos. Los campos se tostaban bajo la acción solar y las fuentes rodaban [illegible] de llama. Había sed en el [illegible] la tierra. Tal vez podía [illegible] inocentes hijos [illegible] de lo que es- [illegible] población cer- [illegible] aire caldeado [illegible] fusilería, so- [illegible] de motín, [illegible] galope, todo [illegible] lo que entre [illegible] **tierra puertas.**

[illegible] me senté al um- [illegible] aguán, amplio y [illegible] un patio andaluz, y, es- [illegible] mer fugitivo que viniera [illegible] ad a esconderse en las [illegible] soquedades del campo.

[illegible] bre exasperado por la carrera y el miedo pasó junto a mí, me vió con desconfianza, y, deteniéndose un instante, me dijo con la expresión de un loco:

—Los mataron... Los van arrastrando para quemarlos...Un vaso de agua por caridad.

El pobre diablo estaba rojo como la sangre. Bebió con avidez y se fué.

Entré en las habitaciones a comunicar lo que ocurría, a mi familia, y a preparar los medios de salvarnos, por si la onda negra desbordada llegaba a nuestro retiro.

El Angelus moría con sones cansados. El crepúsculo vaciaba lentamente su cesto de violetas. La noche abría sus grandes alas viejas.

Llanto de indignación quemó las mejillas de mi esposa, y mis pequeñuelos sin saber por qué, buscaban amparo contra un enemigo invisible agrupándose en torno mío. El Benjamín de mi hogar temblaba como si estuviese en presencia de un fantasma, y hundiendo la cabecita entre mis piernas, me pidió que lo hiciera dormir refiriéndole un cuento **sin soldados ni tigres**... Así lo hice, y ahora voy a dar una transcripción de mi narracioncilla en aquella noche de dolor y vergüenza.

-"Este era un viñador muy nonrado y bondadoso. Hasta el último año había sido su viña una de las más ricas de la comarca, cuando de improviso cayó sobre las cepas una plaga de pulgones, convirtiéndolas en restos amarillos y deformes. Vanos fueron todos los desvelos para devolver a las mustiadas parras su lozanía primaveral, porque los pulgones eran incansables en su tarea destructora. Así son los malvados, hijo mío. Mientras tanto, las viñas de los vecinos se doblegaban bajo el peso de los racimos olorosos. Cuando el pobre salía era para pedirles consejos a los más experimentados sobre la manera de matar a los pulgones. La desgracia fué inexorable.

El buen viñador se aruinó. Pero un día que se paseaba muy triste entre sus parras secas, vió un bultito que temblaba en la yerba, un tordo mozo, de pico negro, pechuga blanca y alas grana. El pajarito estaba enfermo. el hombre lo tomó con el cuidado con que yo te llevo a la cuna cuando estás dormido, le abrió las alitas del vientre para ver si tenía algún grano o alguna espina, y lo puso luego en su gorra como en un nido.

Después de pocos días el tordito estaba curado, y fué por algún tiempo el encanto del cortijero que lo mantenía con sopas de vino y trocillos de azúcar candi. Cuando la pobreza del viñador no le permitió dar al pajarito estos manjares, el buen hombre resolvió dejar a la avecilla en libertad de buscarse por sí misma su comidita. Y así fué como le abrió la jaula, y el tordo regresó a sus sotos piando alegremente en señal de agradecimiento.

Una noche estaba el viñador más triste que de costumbre, cuando de repente oyó el silbo conocido de su tordo paradito en la rama escueta de una parra. El ave lanzaba un grito agudo como si estuviera llamando a alguien. El toque era tan fuerte que hacía temblar la ramita. Bien pronto llegaron otros tordos, luego diez, veinte, cincuenta, cien, mil, bogando en el aire con sus remitos de plumas. El tordo que había curado el viñador, se posó en un gajo yermo más alto, y les debe haber dicho algo muy serio en voz baja, cuando los demás animalitos se pusieron en el acto en movimiento. Los pájaros, niño mío, tienen una voz muy quedita, una voz que sólo dizque entendía el sultán Mamud, como deben hablar los espíritus en la noche... El tordo hizo un signo y la banda alzó el vuelo. ¿A dónde iban? ....A hacer el bien, a dar de beber al sediento....

Toda la noche pillaron en las viñas de los vecinos. Fué aquel un trabajo inmenso, paciente y hasta grande. Sacudían los racimos de oro para hacer caer los granos, los recogían con el pico, y así atragantados iban, en rápido vuelo, a dejarlos en la ancha cuba vacía del cortijero, hasta repletarla. Las rosas y las estrellas, toda la campiña en rumor, vieron aquella noche a los tordos robando moscatelez, perlas, rubíes, para darle vino al cortijero que había curado como a su hijo a un tordo compañero. Por las gotas de vino que el tordo bebió en su convalecencia, el viñador arruinado iba a tener ahora mil botellas de las exquisitas parras del **cercado ageno**...

Una vez que hicieron el favor, los tordos se perdieron en el cielo que comenzaba a clarear. Las almas de los pajaritos no conocen la vanidad, y son muy agradecidos con el hombre que en vez de maltratarlos les presta algún servicio como el viñador que se volvió pobre".

Cuando hube terminado, mi hijo entreabriendo los ojos en su último esfuerzo para no dormirse, oyó que le decía la moraleja del cuentecillo que era un desahogo de mi alma oprimida: "Ya ves, chiquitín adorado, que el tordo ha sido más reconocido que los que ahora están **crucificando a un Señor** que ha hecho mucho bien a esta tierra".

Y todavía retumbaban en la calma de la noche las descargas de la infernal massacre..... En el firmamento oscuro, hacia el lado donde quedaba la ciudad convulsionada, una extensa mancha de incendio como el brochazo escenográfico de un Gólgota gigantesco, ponía pavor en el espíritu!

F. J. FALQUEZ AMPUERO.

Encanto de un Idilio

Mi labio adolescente ansía el gozo
de tu boca. Mi labio todavía
no punza. Qué no ves? no tengo bozo;
mi labio es como flor, todo ambrosía .

. . . . . .

. . . . . .

Y se dejó besar la núbil niña
de este inocente idilio; una chicuela
que vivía conmigo siempre en riña
de dulce amor, en casa y en la escuela .
Fué el beso aquel un beso dado al vuelo
con gran temor de ocasionarla agravios;
pero ella, aunque sonriente, su pañuelo
avergonzada se llevó a los labios .

Y con mohín de enojo que no olvido,
fingió mirar al suelo, y me atisbaba,
y, entre risueña y seria y al descuido,
con el pañuelo el beso se limpiaba ...

Ramón MAYORGA RIVAS .

¡Quién sabe!

Indio que asomas a la puerta
de esa tu rústica mansión:
¿para mi sed no tienes agua?
¿Para mi frío, cobertor?
¿Parco maíz para mi hambre?
¿Para mi sueño, mal rincón?
¿Breve quietud para mi andanza?
—¡Quién sabe, señor!

-Indio que labras con fatiga
tierras que de otros dueños son:
¿ignoras tú que deben tuyas
ser, por tu sangre y tu sudor?
¿Ignoras tú que audaz codicia,
siglos atrás, te las quitó?
¿Ignoras tú que eres el Amo?
—¡Quién sabe, señor!

Indio de frente taciturna
y de pupilas sin fulgor:
¿qué pensamiento es el q' escondes
en tu enigmática expresión?
¿Qué es lo que buscas en tu vida?
¿Qué es lo que imploras a tu Dios?
¿Qué es lo que sueña tu silencio?
—¡Quién sabe, señor!

¡Oh raza antigua y misteriosa
de impenetrable corazón,
que sin gozar ves la alegría
y sin sufrir ves el dolor:
¡eres augusta como el Ande,
El Grande Océano y el Sol!
Ese tu gesto que parece
como de vil resignación,
es de una sabia indiferencia
y de un orgullo sin rencor ...

Corre en mis venas sangre tuya;
y, por tal sangre, si mi Dios
me interrogase qué prefiero
—cruz o laurel, espina o flor,
beso que apague mis suspiros
o hiel que colme mi canción—
responderíale dudando:
—¡Quién sabe, señor!

JOSE SANTOS CHOCANO.

Charla con el poeta Nervo

-MEXICO: julio, 1918.—La ciudad estaba humedecida por una lluvia reciente. Me dirigía a la estación de Buenavista después de haber leído el emocionado artículo escrito por Urbina trece años atrás en ocasión de la partida de Amado Nervo rumbo a Europa. Hoy, que tras luenga ausencia ha retornado el poeta a los lares paternos, he querido recordar aunque sea un fragmento de aquella despedida. Escribía Urbina: "Las vías principales de la ciudad lo conocían íntimamente. Flaneaba por ellas a pie, de pie, mejor dicho, en una brumosa nube de ensueño. Volvió de París más poeta, más trabajador y más triste. Ahora se nos vuelve a ir. ¡Hasta la vista, hermano mío!

Ya está nuevamente entre nosotros; ya cruzará día a día las asfaltadas avenidas metropolitanas enhebrando en la rueca de su fantasía un dulce poema, como en los claros días de antaño, cuando al frente de "Revista Moderna" y en unión de don Chucho Valenzuela guiaba a la juventud apolínea de entonces.

-Sonó en el reloj la hora marcada para la llegada del tren y éste no asomaba el ojo luminoso de su locomotora en el luto nocturno. Marcó el horario una jornada más y el convoy se negaba a llegar. Alguien dijo que corrían rumores de que un grave accidente había ocurrido, y ante la probabilidad de un fatal percance al poeta, musité mentalmente el verso hermosísimo de Hugo de Hofmannsthal: "Señor, ten piedad de la Belleza en él!!"

Tras dilatado e impaciente esperar estuve al fin en presencia del poeta. Lo saludé en nombre de **Revista de Revistas**. Mi vieja amiga, dijo él, y previa cita para la tarde siguiente me aparté del bardo, a quien justa y ansiosamente reclamaban los brazos de sus familiares.

-Una sala elegantemente decorada. Una fámula que nos escancia rico cognac y el poeta, que acariciándose constantemente con la siniestra el rostro ascético, nos refiere sus primeras impresiones al contemplar de nuevo los paisajes nativos.

"La emoción más honda, más fuertemente conmovedora me la proporcionó el Pico de Orizaba. Qué augusto, qué solemne espectáculo. Cómo su triángulo de nieve se burla de las nubes y sobre ellas se eleva soberbiamente desdeñoso. Cómo nos hacen pensar en nuestra pequeñez humana y en la grandeza de lo Desconocido, estas obras de la Naturaleza. Luego añade: Otra impresión bella me la produjo un soldado de la escolta que traía el tren. Era un hombre de rudo aspecto, con el sello en el semblante de quien muchas veces ha visto en peligro su vida por los azares de la guerra. Venía sentado y en una mano empuñaba el máuser envejecido en la campaña y en la otra sostenía un ramo de gardenias. Tal vez se lo traía a su vieja **vieja**. Y yo pensaba: he aquí a este hombre rindiendo culto al Amor y la Muerte, las dos únicas verdades que existen. Y mientras más lo miraba, más me conmovía, era un poema".

Y de sus fraternales andanzas con "el de las piedras preciosas", le pregunto y me contesta al punto: "He sentido mucho a Rubén, nos queríamos tánto. Cuando murió hacía varios meses que no lo veía yo. ¡Oh nuestras noches montmartresca del divino París! Qué ciudad aquella para gozar de todos los encantos de la vida. Había llegado ya al sumo refinamiento de todo. Estaba llena de canciones, de versos, de mujeres. Ni siquiera soñaba con ir a la tragedia. Pero llegó ésta y lo que era disipación se transformó en el acto en heroísmo. ¡Qué gran pueblo el francés!

¿Por qué dice usted en "Plenitud" que, la mujer, es la mejor colaboradora de Dios? Porque así es, en efecto, me contesta apresuradamente, y sus ojos de azor se incendian con una luz extraña. El hombre, continúa, norma sus actos aunque sea ficticiamente con su raciocinio. Piensa, esto me conviene, aquello no. Y la mujer no obra ciegamente, es instintiva, por eso es cruel, porque no comprende y así no puede tener piedad. Obedece sonambúlicamente los mandatos del Destino. Sí, Créalo, amigo mío, en los ojos femeninos es donde la Causa de las Causas tiene su mejor expresión. Por eso lo que se debe hacer para triunfar de la mujer es huir de ella. Recuerdo a este propósito una deliciosa leyenda griega: "Había en las riberas del Egeo, entre un bosque de mirtos y adelfas, un dios que concedía mediante ofrendas especiales el mayor bien a los amantes. Un día llegó una joven mujer a solicitar del dios la suprema dicha para su amante. Y al estar implorando la dádiva del dios escuchó interiormente una voz que le decía: ya está concedido. Corrió loca de alegría a buscar a su novio y al llegar a la playa lo vió que se alejaba rápidamente en una barca. Llena de dolor regresó ante el dios y le dijo: Si te he pedido que le otorgaras el mayor bien a mi amante, ¿cómo es que me deja y me abandona? Y el dios le respondió: porque ese es el más grande bien que le puedo hacer: que se aleje de tí".

¿A qué se debe que no haya entre nosotros literatura dramática?—"A que somos una sociedad en formación, me responde, y añade: no es posible que exista el teatro, no habiendo una moral social, pues nuestro pueblo va apenas caminando de la inconsciencia a la luz, por ello ni siquiera un drama como "Juan José" es posible en nuestras clases trabajadoras. Ya ve usted, ni los Estados Unidos tienen teatro por su juventud como nación. El único [illegible] turgo que nosotros poseemos, [illegible] Juan Ruiz de Alarcón, tuvo que [illegible] a España a escribir sus obras [illegible] hizo sobre asuntos de allá, porque [illegible] quí no tenía materia, aun [illegible] poseía el genio dramático".

Si de Madrid, le digo para [illegible] dirme, nos favorecía usted tan [illegible] tantemente con su colaboración [illegible] que ya está en casa... "Sí, en [illegible] cho placer, ya sabe como quie[illegible] "Revista", está muy bien hech[illegible] cuánto gusto recibía sus paque[illegible] mi casa de la calle de Bailén [illegible] dos mis amigos la prestaba ya [illegible] deme a su hermano cuando le [illegible] ba y para ese número del 14 [illegible] lio, cuente usted con un cuen[illegible] dito a Francia".

Adiós, y gracias por todas sus [illegible] tilezas, poeta.

Roberto J. Núñez y Domínguez

EL PAN NUESTRO

-Dice la oración más humana [illegible] la religión de Cristo: EL [illegible] NUESTRO DE CADA DIA [illegible] NOSLE HOY. No dice el pan [illegible] da día, sino el pan nuestro. ¡[illegible] tro! ¿Habéis meditado, farisea[illegible] bre el sentido de esta palabra [illegible] tro; es decir, que el pan de [illegible] mesa no sea el que falte en la [illegible] de los demás, que sea el nuestro [illegible] quirido en justicia, sin menos[illegible] del pan ajeno. Y si así no fuere [illegible] el pan de vuestra mesa, ricos y [illegible] derosos de la tierra, no es verdad[illegible] ramente vuestro, de nada os sirve [illegible] que repartáis las sobras por caridad [illegible] si antes no habéis dado lo que [illegible] de justicia.

Jacinto BENAVENTE.

Cabalgata heróica

-Medardo Angel Silva, el poeta máximo de la generación de hoy, nos cede para la publicación una página de su libro próximo: "Trompetas de Oro". Como su nombre lo sugiere será el anunciador de sinfonías líricas sonoramente dichas y ritmadas bellamente, con ese dominio de la técnica que en él es función propia, habilidad innata y no ejercicio adquirido con la práctica. Por las composiciones que conocemos, nos podemos dar la cuenta que en el nuevo volumen se apartará de la nota íntima, del razgo pasional, de la sicologación interior, que ha sabido exprimir con tal profundidad de tono y sútil "morbideza" al mismo tiempo, para mostrarnos una nueva y original manera. En "Trompetas de Oro, el poeta canta la gesta de la raza, y hace desfilar en cohorte victoriosa, los héroes, los volcanes, los arcángeles [illegible] licos de los libertadores, los [illegible] dores, las proezas legendar[illegible] ¡toda la apoteosis de los Andes [illegible] manera de epopeya puesta [illegible] marcha!

La augural primicia que [illegible] a conocer muestra al bardo [illegible] actitud sibilina, como adelan[illegible] de la raza y augur del Conti[illegible] que apostrofa, incitando a su [illegible] jos a hechos magnánimos y [illegible] viendo en ellos el vigor de [illegible] ritas centurias.

No se busque en este bello [illegible] trofe lírico, la fácil melodía [illegible] repiqueteo de consonantes y [illegible] mo pegadizo,—que es más [illegible] sabor de copla o atributo de [illegible] ción dulzona, sensiblera y lá[illegible] da— sino la armonía intrí[illegible] que late en ella y el alto tono [illegible] inspirado verbo que la encarna.

F. V.

De "Trompetas de Oro"

Huracán, resonad vuestras roncas trompetas!
-Desnudad vuestras ígneas espadas, relámpago!
Vuestros bélicos parches redoblad, oh truenos!
Muchedumbre, elevad vuestro acento oceánico!
Por los que vienen, con rumores de mar, a través de los siglos
—las corazas fúlgidas, flameantes los vivos penachos—
con las agudas lanzas goteando chispas,
como agujas de acero que ensartaran astros!

Ellos! los pilotos del destino de América;
los que la gigante epopeya forjaron
en sonoros bronces de heroísmo:
pasan, con su altiva corona de bélicos actos.
Y es como un gran mar que a otro mar se encamina
y cuya presencia motiva los sublimes pánicos
y es como si Dios arrojara a la tierra
sus iracundos ángeles, sembradores de estrago!

A vuestras unánimes dianas, trompetas matinales;
clarines, a vuestro grito armonizado;
retiemble el **plafond** de la celeste bóveda,
como al rumor de una cabalgata de centauros!

Y las desnudas espadas flameantes;
y el carraspeo de los tambores, áspero;
y los rostros soberbios de sagrada cólera;
y los corceles parecidos a leopardos;
el heroico tumulto, resonante y magnífico,
mirad! Hombres tristes, meditabundos pálidos,
buceadores de infinito,
nefelibatas inspirados,
que auscultáis los interiores abismos,
presos de divino pasmo:
ved el regreso de águilas y cóndores
y vuestro sol de oro, americanos!

Que aviven sus alientos las moribundas lámparas
de vuestros corazones de hastío colmados;
que su verbo de llama encienda,
en vuestros espíritus débiles, el fuego sacro;
y temple su forja nuestros sueños floridos;
fortalezca su antíguo vigor nuestros miembros lasos;
cuando torne a través de los épicos siglos de lucha,
la heroica falange que revive los triunfos lejanos!

Una vez más sientan los Andes los pies de la Raza
y sea de nuevo el ademán estupefacto,
el mudo asombro ante el prodigio,
con que vieron Pichincha y Chimborazo
a los conductores del alma de América,
del piélago sur al Atlántico!

Hombres mundonovistas: sonó la hora de dar un divino,
un sublime, formidable espectáculo,
al decrépito siglo podrido de malos ensueños
y a los ojos puros de los astros!

MEDARDO ANGEL SILVA.